

obra de los Papas, y en especial del famoso Sisto V, como de algunos legados poco fieles á sus instrucciones; tambien ha debido notarse que á principios del reinado de Enrique IV, creyendo Roma arruinado sin remedio el partido de este principe, no hacia otra cosa que abandonar la suerte de la Francia á los franceses, harto agitados por otra parte para recibir otras impresiones.

Tambien se restableció en Trento la buena inteligencia y la confianza reciproca entre el sucesor de Pedro y los de los demas Apóstoles. Se habia dicho que los obispos estaban fastidiados de la residencia y de las funciones episcopales por la considerable disminucion de su autoridad, por el sinnúmero de esenciones, por las expectativas que no les permitian disponer de ningun beneficio por poco pingüe que fuese, por el abuso de las apelaciones, alimento de los desórdenes, de la audacia y de la impunidad, y por la temeridad de los regulares que pretendian dirigir las ovejas sin el beneplácito del pastor, y muchos obispos volvieron á aficionarse á su ministerio, y los demas se avergonzaron de no imitarlos, cuando vieron que se reprimian eficazmente aquellos abusos; cuando vieron que el Papa Pio IV volvia á poner bajo la jurisdiccion y en plena dependencia del ordinario una porcion de establecimientos verdaderamente independientes á título de esencion, y que procedia á la reforma de la dataría, de la cancelaria, de la cámara apostólica, de la penitenciaria y de todos los tribunales de la curia pontificia. Gozosos y admirados los habitantes de las ciudades oyeron la voz del obispo. Por medio del ejemplo y de la emulacion se esparció la palabra de Dios desde la iglesia matriz á todas las parroquias sin exceptuar las mas remotas habitaciones campestres. Los sermones en las ciudades y pueblos, los catecismos y las instrucciones convenientes vinieron á ser unos ejercicios habituales, á lo menos en los dias festivos.

Otra obra quizá mas importante, la cual hizo los Padres de Trento á derramar lágrimas de alegría, y les pareció una amplia recompensa de todos los trabajos del concilio, fué la institucion de los seminarios, capaz por sí sola de reformar de raiz el orden gerárquico, y por una consecuencia necesaria todas las clases y condiciones del mundo cristiano. Por este medio renació y volvió á florecer por

todas partes el espíritu principal del sacerdocio, aquella sólida piedad que es útil para todo, ó de la cual procede toda utilidad; aquella virtud arraigada con la sucesion del tiempo en una tierra de bendiccion, madurada lentamente á la sombra del santuario, ilustrada por maestros hábiles y experimentados, y tan remota de la puerilidad supersticiosa, como del fervor indiscreto y de una pusilanimidad cobarde. Allí, mediante unos ejercicios continuos, adquirió la juventud en poco tiempo la experiencia de los ancianos, y el celo se acostumbró desde el principio á las santas industrias y á todos los recursos del arte divino de dirigir las almas; escuelas angelicales en que todas las cosas están predicando la piedad, la pureza y la decencia eclesiástica. Se aprendió para siempre que con la corona y el hábito clerical se habia elegido al Señor por única herencia, y que era no menos ridiculo que pecaminoso volver á los adornos y á los estilos del mundo y presentarse en los lugares de desorden y de tumulto, ó en los teatros, en las tabernas, en medio de las concurrencias y de los placeres contagiosos del siglo. ¿Qué diré de la renovacion, de la frecuencia, de la perfeccion de los estudios eclesiásticos cultivados con esmero y con gran fruto en la calma solitaria de aquellos piadosos asilos? Teología profunda, teología moral y práctica, reglas para la direccion de las almas, para la observancia de los ritos y ceremonias sagradas, para todo lo que puede contribuir á conservar en nuestros misterios adorables la magestad que les conviene, son otras tantas materias cuya simple indicacion debe inspirarnos un agradecimiento eterno á los fundadores, visiblemente inspirados, de los lugares de bendiccion en que se cultivan.

¿Qué no podriamos decir tambien sobre tanto número de desórdenes corregidos en todos los Estados, la clandestinidad del matrimonio, por ejemplo, siempre prohibida y siempre en uso, hasta que en el Concilio de Trento se declaró por uno de los impedimentos dirimientes? ¿Qué diremos de tantas fundaciones caritativas, multiplicadas y diversificadas á proporcion de las miserias y necesidades humanas? Casas de educacion para uno y otro sexo y para toda clase de personas; escuelas militares, escuelas para doncellas nobles y para doncellas pobres; escuelas gratuitas de ciencias y artes, y de todo género de profesiones; casas religiosas de pu-

pilos, acomodadas á todos los genios y á todos los bienes de fortuna; casas de retiro, seminarios de misiones, lugares de descanso para los sacerdotes imposibilitados, asilos para los huérfanos y espósitos, refugios para las pecadoras arrepentidas, hospicios para los soldados inválidos, asistencia gratuita para los pobres enfermos, sin contar los hospitales ordinarios, tan numerosos, por decirlo así, como las enfermedades, y tan accesibles como los templos; en fin, subsidios siempre prontos para el comercio en los montes de piedad, tal vez defectuosos en su origen, pero susceptibles cuando menos del género de perfeccion que es obra de la experiencia: hé ahí una sola parte de las ventajas innumerables que proporcionó á la Iglesia y á la sociedad el espíritu reparador que preparó, dirigió y conservó la feliz reforma de Trento.

Para el gobierno de casi todos estos establecimientos, se suscitó con ellos por todas partes una multitud casi igual de compañías, congregaciones y asociaciones religiosas, animadas del fervor que respiran las instituciones recientes. Los Padres de la Mision en Francia, los del Oratorio en Francia y en Italia, los jesuitas en toda Europa y en las cuatro partes del mundo, los teatinos, los barnabitas, los somascos, los Padres de la doctrina cristiana, los clérigos reglars del Buen Jesus, de la Madre de Dios, de la Buena Muerte, los Padres de las Escuelas pías y los de la Caridad, y para el otro sexo las ursulinas, la visitacion, la congregacion de nuestra Señora y tantas otras hospitalarias; en una palabra, las fundadoras de todas clases, pues su enumeracion seria interminable: tantos hijos é hijas de la nueva Sion poseidos de repente del espíritu profético ó apostólico, y dedicados con una emulacion general al desempeño de sus funciones respectivas, reprodujeron en todos los climas la caridad, el celo, las buenas costumbres, la piedad sincera, el arte de adorar en espíritu y verdad, la meditacion de las verdades eternas, la frecuencia de sacramentos, el uso de las lecturas piadosas y del exámen habitual de la conciencia. Se vieron menos austeridades extraordinarias, menos genuflexiones y prostramientos: se rezó menos veces el salterio, se multiplicaron menos los divinos oficios, ó no fueron de tanta duracion como en las órdenes establecidas cuando acababan de pasar los bárbaros al cris-

tianismo y conservaban todavia, si no la depravacion del corazón, á lo menos la torpeza de entendimiento, que los hacia poco á propósito para las funciones intelectuales, no teniendo por consecuencia aptitud ó gusto casi para otra cosa que para las prácticas exteriores; pero se atendió sobre todo al recogimiento del espíritu y á la mortificacion del corazón; y si hasta entonces se habian domado las pasiones del alma con los trabajos del cuerpo, no se domó despues con menos eficacia la carne por medio del espíritu.

Entretanto, lejos de acabarse aquella abundante variedad que constituye uno de los mas bellos ornamentos de la hija de Sion, adquirió un nuevo realce el lustre que daba antiguamente á la Iglesia la diversidad de las órdenes religiosas. Influyendo ya el espíritu de edificacion ó de restauracion en diferentes prelados, y en no pocas iglesias, antes que se convocase el concilio de Trento, se renovó en España por el cardenal Gimenez de Cisneros, y despues por San Pedro de Alcántara, la regularidad y la austeridad primitiva del orden de San Francisco, y en Francia el cardenal de Amboise puso tambien en vigor la regla de Santo Domingo. En menos de un siglo se formaron tres nuevas asociaciones en el orden de San Francisco, con el nombre de recoletos, capuchinos y penitentes de la tercera orden: ramas felizmente ingertas, que llenas de jugo y lozanía se extendieron por todos los Estados cristianos, donde se cogieron con admiracion y con una abundancia extraordinaria los frutos de bendiccion en el tronco que habia reverdecido con ellas. Volvió tambien á florecer el Carmelo; y los hijos é hijas de los profetas antiguos, igualmente dóciles á la Débora de Castilla, adquirieron el espíritu de sus padres, añadiendo á las maceraciones del cuerpo la mortificacion del corazón y la meditacion continua de las verdades eternas. En la Iglesia de Francia se vieron cinco ó seis órdenes principales, los dominicos, los trinitarios, los premonstratenses, los canónigos reglars y otros, que todos á un tiempo y como á porfia volvieron sino á la severidad de de la regla primitiva á lo menos á una observancia en que el religioso podia distinguirse todavia del piadoso lego con notable ventaja. Hasta los solitarios comparables en otro tiempo con los ángeles terrestres de Taberna y de Scete, pero que habian degenerado de la santi-

dad de sus padres, desterraron á lo menos el escándalo de sus casas, y empezaron á vivir de un modo en que solo podia desearse la perseverancia para la general edificacion.

Tal fué el influjo de la disciplina de Trento aun en las naciones que no se habian sujetado á ella, ó que á lo menos no la habian admitido de un modo legal. Pero ¿qué feliz revolucion no produjo en el centro de la unidad católica, en la Iglesia romana, en la curia pontificia, que en aquella época adquirió un desinterés, una conducta y costumbres, una decencia y dignidad en que la censura herética y la malignidad secular no hallaron que reprender, sino los supuestos artificios de su política, es decir, las intenciones que solo Dios conoce, y algunos defectos inseparables de la humanidad? ¿Qué revolucion no produjo en lo restante de Italia, la cual no se parece ya á sí misma despues de esta generacion, ó á lo menos no presenta ningun rasgo de las horrorosas pinturas que hicieron de ella los primeros protestantes? ¿Qué mudanza, particularmente en Milán, por los esfuerzos del gran Borromeo, su mas fiel intérprete, y por medio de sus admirables concilios, cuyos decretos admitidos en todas las iglesias celosas de su verdadera gloria, han adquirido en ellas una autoridad equivalente á la de las leyes nacionales; en Portugal por la brillante proteccion del piadoso rey D. Sebastian tan solícito en rendir homenaje al Santo Concilio; en España y aun en las estremidades del otro hemisferio por la adhesion sincera y práctica de los concilios provinciales de Toledo, Zaragoza, Valencia, Salamanca, Malinas para los Países-Bajos, Méjico y Lima para las dos mitades del Nuevo-Mundo: en Polonia en Alemania, que era el foco de la herejía, al menos en una gran parte de ella por medio de los concilios de Maguncia, Tréveris, Colonia y Augsburgo?

En fin, ¿qué frutos de bendicion no produjo la reforma de Trento aun en Francia, donde sin haber sido recibida jurídicamente, se observa con grande exactitud? Basta recorrer los concilios que se celebraron con este motivo en Reims, en Burdeos, en Tolosa, en Aix, en Bourges y en Tours, para convencerse del celo de los prelados franceses por poner en vigor al menos todos los puntos importantes de la disciplina de Trento. ¿Qué instancias tan vivas y tan repetidas hicieron en

córte para librar á la iglesia galicana de una escepcion que en cierto modo les parecia injuriosa á su celebridad y fama! Ya hemos visto que no pudiendo conseguir lo que deseaban, se reunieron en número de cuarenta y cinco obispos, siete arzobispos y tres cardenales, y se obligaron con juramento á observar y hacer que se observasen todos los decretos de Trento que no fuesen contrarios á los usos en que persistia el reino. Los arzobispos de Reims y Burdeos en particular, esto es, los cardenales Rochefoucault y de Sourdis, llamados los Borromeos de Francia, congregaron el clero de sus diócesis, y prescindiendo de todo respeto humano, hicieron se declarase que en lo sucesivo era obligacion de conciencia observar todas las disposiciones del santo concilio de Trento, con la reserva ordinaria de los usos del reino; cláusula que en boca de aquellos grandes prelados nada tenia de amenazadora para la Santa Sede.

Pero la misma córte, aun sosteniendo su negativa á la recepcion del concilio, primero por el temor de alentar mas á los rebeldes hereges y luego por la dificultad que siempre se experimenta en volverse atrás; esa misma córte hizo que se admitiesen en Francia la mayor parte de los decretos importantes de la disciplina de Trento, no en virtud de las decisiones de este concilio (las cuales solo fueron reconocidas en cuanto al dogma), sino á consecuencia de los edictos del príncipe, contando desde la célebre pragmática de Blois hasta la de 1695, que es la mas esencial; y en fuerza tambien de muchos reglamentos hechos por los obispos y autorizados por los parlamentos. La autoridad del concilio de Trento aun á materia de disciplina era tan poco ofensiva en la política francesa, que todas las clases del Estado aplaudieron los nuevos breviarios, en los que la primera hora del día se terminaba comunmente con un cánon de disciplina sacado del concilio de Trento, segun allí mismo se espresaba.

¿Quién será, pues, el que deje de conocer la abundancia de las bendiciones que derramó el Señor sobre su Iglesia en la cuarta edad, tan deplorable á los principios, venciendo tantos obstáculos naturalmente insuperables, y aun valiéndose de estos mismos obstáculos, los cuales en sus manos se convertian en nuevos y eficaces recursos? ¿Quién podrá dejar de co-

nocer la obra de Dios en el santo concilio de Trento, obra visiblemente divina por las contradicciones á que estuvo espuesta y por su prodigiosa fecundidad en frutos de salvacion? Para convencerse de este punto, no se necesita mas que comparar los dos estados en que se halló la Iglesia, antes y despues de este concilio. Limitemos esta comparacion, porque ya es tiempo de concluir; limitémosla al gobierno eclesiástico solamente. Antes de la reforma de Trento, y hasta que se pusiese en ejecucion, estaban las iglesias sin pastores, especialmente en Francia, durante el reinado del último de los Valois; como aparece de las representaciones dirigidas á este príncipe por el clero, los conventos sin religiosos y los clérigos y frailes sin disciplina. Las abadías, las colegiadas, los obispados estaban en manos de oficiales militares, los cuales decian «mi obispado, mi abadía, mis curas y mis frailes,» como si dijese «mis caballos y mis criados.» Trastorno tan distante de lo que vemos en el estado actual de la Iglesia, y aun tan ageno de nuestras ideas que se tendria por una hipóbole de declamador, si no se confirmase con hechos positivos. Pero consta por todos los monumentos que en cerca de ochocientas abadías que en aquel tiempo habia de nombramiento Real, no se hallaban cien abades entre comendatarios y regulares, y aun la mayor parte de ellos no eran mas que unos sustitutos de los caballeros legos, quienes en efecto disfrutaban sus rentas.

Por poco que se atienda á esta enorme diferencia, es decir, al estado de la Iglesia en la cuarta edad antes y despues del concilio de Trento ¿no será preciso convenir en lo que dejamos dicho, de que en la Iglesia, muy diferente de las instituciones humanas, cuanto mas estremado parece el menoscabo, tanto mas próximo está el restablecimiento? Tan cierto es que el cielo, fiel á sus promesas, quiere todavía señalar su brazo en cumplirlas. Restablecimiento que fué igual á la decadencia; de suerte, que desde la reforma de Trento podria muy bien, por varios títulos, compararse con el estado floreciente de su primera edad, ó á lo menos con una parte muy principal de ella. ¿Cuánto podríamos decir, si este vasto asunto no ofreciese por sí solo abundante materia para muchos discursos? ¿Cuántos santos ilustres y dignos de los tiempos apostólicos han

vivido aún en nuestros tiempos? ¿Cuántos fieles de una virtud sublime, de una piedad sincera, perfectos adoradores en espíritu y verdad, rígidos cumplidores de todas las obligaciones, emuladores de todo lo bueno, inmóviles contra el torrente de la perversion, y que con su ejemplo ofrecian preservativos contra todos los escándalos? Sin duda alguna se los hubiera colocado en el catálogo de los Santos en aquellos tiempos en que la voz de los pueblos se miraba como voz de Dios. En cierto modo son sus virtudes mas admirables que las de los primeros siglos, aun cuando fuesen menos brillantes, como que están espuestas á unas pruebas mas delicadas. Tal es, para reducirme á la mas visible, la licencia y desenfreno de la impiedad, muy comprimida en tiempo de los emperadores y de los primeros reyes cristianos; desencadenada, aunque sin gran peligro, en tiempo de los príncipes idolatras; pero de unas resultas fatales en los gobiernos cristianos de la edad presente. Pues bien; esta misma impiedad, bajo la mano de Aquel que de los mayores males sabe sacar el bien, contribuyó á bosquejar, por decirlo así, el restablecimiento, suavizando las costumbres, exaltando continuamente la humanidad, la generosidad y la probidad que para ella no eran mas que unas meras palabras, y recomendando la caridad con los nombres de sensibilidad y beneficencia.

Sin embargo, continuaba prevaleciendo el mal mas que el bien, y el vicio mas que la virtud. Pero ¿no sucedió así en la edad mas decantada, esceptuando quizá únicamente los tiempos apostólicos? Luego que fallecieron los primeros discípulos que habian conversado con el Hijo de Dios, y cuya autoridad servia de freno á la indocilidad del espíritu y de las pasiones humanas, se levantaron enjambres de herejes ó de corruptores, nicolaitas, ebionitas, marcionitas, cerintianos, valentinianos, y para nombrarlos todos de una vez, gnósticos, abominables aun á los mismos paganos, en cuyos ánimos escitaron unas preocupaciones muy funestas para los verdaderos hijos de la Iglesia, con los cuales se los confundía. En los tiempos mas hermosos de los mártires, se vé por las exhortaciones y reprensiones de San Cipriano á su pueblo, que el peligro próximo de morir en un cadalso no preservaba á los fieles de todas las flaquezas ni de todos los escesos. En

los tiempos luminosos de los Ambrosios, Jerónimos, Agustinos y Crisóstomos, ¿qué de maquinaciones tenebrosas, qué de violencias ejercidas en particular contra el mas elocuente de estos Padres por Teófilo de Alejandria y por todo un concilio que sirvió de instrumento á su orgullo y á sus celos! En las soledades de la Siria, comparables con las de la Tebaida, se vieron aquellos ángeles terrestres, de los cuales poco antes no era digno el mundo, transformados de repente en guerreros ó en asesinos, y la laura del gran San Sabas convertida en plaza de armas y teñida con la sangre de sus discípulos, sitiadores y sitiados. Pero en el origen de la Iglesia, ¿no hemos oido al Apóstol de las naciones reprender á los cristianos de Corinto por unos delitos desconocidos entre los infieles, y declamar en mil ocasiones contra los falsos hermanos que solo gustaban de las cosas terrenas y que no tenían mas Dios que su vientre, siendo enemigos declarados de la cruz de Jesucristo y verdaderos apóstoles de Satanás? Quejas tan justas, que, como dice San Clemente, Papa, estos hermanos pérfidos causaron la muerte del Principe de los Apóstoles y del Apóstol de las naciones.

No por esto pretendemos comparar los últimos tiempos con los tiempos apostólicos, ni aun hacer un paralelo exacto entre esta cuarta edad y las precedentes, pues nada hay mas difícil y aventurado que estas comparativas apreciaciones asi del fondo como de los muchos accidentes de las costumbres generales y de los diferentes tiempos. Nuestro único objeto es precaver á los menos cautos contra las declamaciones de los sectarios, que ensalzando con afectacion la pureza de los tiempos primitivos, y disminuyéndola hasta los presentes con unas gradaciones tan malignas como imaginarias, quieren dar á entender, como se han explicado algunos sin rebozo, que la Iglesia católica, este rio tan magestuoso y puro en lo antiguo, no lleva ya mas que un cieno inficionado en lugar de aquellas aguas saludables.

Detestemos, pues, eternamente estos principios suversivos y todos los velos pérfidos con que se pretende insinuarlos. No perdamos de vista ni por un momento las máximas fundamentales y los principios inmutables de la fé cristiana. Todos los hombres habian muerto en Adán, y las inclinaciones del hombre desde su infancia se dirijan al mal. Por consiguiente,

en todos tiempos ha sido necesario violentarse para alcanzar el reino de Dios; y el que vino á buscar, no á los justos sino á los pecadores, nos enseña de mil modos esta verdad. Además de las persecuciones y violencias, fué preciso que sufriesen los fieles la prueba mucho mas terrible de las lecciones y ejemplos de seducción. En una palabra, la vida del cristiano en este mundo es de tal manera una guerra continua, que la Iglesia, de que es miembro, se califica con el título de militante.

En el gran número de siglos en que acabamos de presentarla en todas sus situaciones, esto es, por espacio de mas de mil seiscientos años, la hemos visto siempre dando ó sosteniendo combates, haciendo los mas penosos esfuerzos, ó padeciendo los mas terribles asaltos para establecerse, para estenderse, para sostenerse y para reparar sus pérdidas. En el espacio de tres siglos consecutivos estuvo espuesta al poder y violencia de los romanos, al orgullo insultante de los falsos sabios de Grecia, á la antipatia cruel de los persas impuros, y á la atroz barbarie de los Estados informes, para quienes no era menos extraño el orden público que las buenas costumbres. Corrieron de su seno rios de sangre, se sacrificaron doce millones de hijos suyos, se infamaron sus misterios, y se trató de quimérica y extravagante la pureza sublime de su moral; pero su moral y sus misterios fueron al fin abrazados por aquellas mismas naciones, estremecidas y admiradas de su propia mudanza. Los sabios de la Grecia y del Areópago enmudecieron en presencia del cortidor de Tarso y de los pescadores de Tiberiades; los Césares adoraron la cruz que antes los habia horrorizado, y la semilla mas fecunda del cristianismo fué la sangre de los mártires en que parecia haber de quedar ahogado.

En los cinco ó seis siglos siguientes tuvo que luchar la Iglesia contra una nube de bárbaros vomitados desde las estremidades del Norte y del Mediodia hasta el centro de sus mejores posesiones, y contra la ignorancia, consecuencia inevitable del tumulto y disturbios que causaron por todas partes, de los sobresaltos que se renovaban todos los dias, de una vida perpétuamente errante y fugitiva, de la destruccion de las leyes, y de la infraccion de todos los lazos de la sociedad; pero triunfó de los bárbaros que habian triunfado de los se-

ñores del mundo, y los convirtió en sus mas celosos defensores: halló armas poderosas contra la ignorancia en el tesoro de la tradicion, donde, como en un arsenal preparado para los tiempos peligrosos, si podemos esplicarnos asi, se habia puesto en reserva la superabundancia de las producciones luminosas de los muchos doctores ilustres que habian escrito en los siglos IV y V, esto es, inmediatamente antes del peligro que se presentaba. En cuanto á sus nuevos hijos, ó para los nuevos bárbaros regenerados, halló lecciones acomodadas á su corta capacidad en los ejemplos de una multitud extraordinaria de Santos de todos estados, los cuales les hablaban á los ojos, y fueron suscitados por una providencia singular durante las tinieblas del siglo X mas que en ningun otro de aquellos siglos, y aun en los limitados alcances de aquellos neófitos encontró un preservativo tan poderoso contra la heregia, que no hubo ninguna en todo este siglo, el mas desacreditado de todos. Por efecto de una providencia no menos señalada, los Pontífices poco recomendables que por el mismo tiempo ocuparon la Silla de San Pedro, no la hicieron perder ni un ápice siquiera de su autoridad.

En los tres siglos que se siguieron á la edad de la barbarie, se olvidaron y se miraron con tedio las prácticas mas saludables y aun las obligaciones mas graves y sagradas, por consecuencia de una relajacion letárgica, procedente del abatimiento causado por unas conmociones tan violentas y de una depravacion casi imperceptible en sus progresos sucesivos, y mucho mas peligrosa que los ímpetus repentinos de las pasiones desenfrenadas, junta

con la inestabilidad que es tan natural al hombre. De aqui las quejas y la indocilidad de los pueblos; los excesos é invectivas contra los pastores; los clamores de la reforma contra la depravacion de la Cabeza y de los miembros de la Iglesia; en fin, los cismas y heregias, pero heregias de un carácter tan maligno que no se habian visto otras semejantes desde el origen del cristianismo; en una palabra, aquel peligro estremo en que no podrian menos de prevalecer las puertas del infierno, si lo sumo del peligro en este género no anunciase la proximidad del remedio, como se ha demostrado en toda la série de esta Historia y del presente discurso.

La mejor apologia de la Religion no consiste en las obras polémicas y contenciosas, que muy á menudo solo producen encono y obstinacion, sino en la sencilla esposicion de las obras y máximas que pertenecen verdaderamente á la Iglesia. La Iglesia por si sola, bien conocida y presentada, será siempre su mejor defensa. ¡Ojalá la hayamos retratado asi con sus colores naturales, como continuaremos haciéndolo durante todo el curso laborioso de esta obra! ¡Ojalá tambien que un espectáculo tan brillante produzca en cada uno de nuestros lectores aquella feliz y dichosa impresion que apenas deja el mérito de la fé á la clara persuasion en que estamos de que una institucion tan sublime y anunciada por hombres tan humildes, combatida de tantas oposiciones, tan generalmente abrazada como violentamente conmovida, puesta á dos dedos de su ruina y restituida de repente á su primer esplendor, no puede menos de ser obra de Dios!